



REVISTA SEMANAL

Entered as second class matter at the Post-Office at Manila

DIRECTOR:—Alejandro de Abaitz

ADMINISTRADOR:—Miguel Agau

TEL. 572

P. O. BOX 147

Vol. IV.

Manila, 6 de Septiembre de 1924.

Num. 88

Sarta de errores



MAIS de una vez hemos afirmado desde estas columnas que la ignorancia es muy atrevida; y hoy volvemos a repetir lo mismo, acuciados por la infeliz y desairada actuación de un *Orador*, que no sabemos si empujado por otros, a por sentirse con arrestos suficientes, tuvo la disparatada ocurrencia de atreverse a terciar en el delicado asunto relativo a la enseñanza religiosa en las escuelas del Gobierno.

Queremos suponer estará ya arrepentido de haber a tontas y a locas penetrado en un callejón sin salida, donde a poco de entrar y en menos que canta un gallo, quedó como el idem de Morón. Y queremos suponerlo, porque nos agrada conceder a tan original orador la capacidad intelectual necesaria para siquiera deducir y sacar las consecuencias que se desprenden de la actitud del público que le escuchó, y de los comentarios que hizo la prensa, todos desfavorables para quien tanto habló, y nada supo decir.

El continuo bisbisar y las protestas del público, bien demostradas en aquellos mur-

mullos de reprobación con que eran acogidas las erróneas afirmaciones del *orador*, que hablaba sin probar nada, sin cimentar un concepto, a saltos, sin congruencia ni ilación, valiéndose de un vocabulario tan desnudo de decoro como abundante en afrentosos cargos para el nombre y honor de Filipinas: aquellas risas que tan espontáneamente brotaban de todos los labios, cuando a mi buen hombre le daba por marcharse por los cerros de Ubeda; y sobre todo, los reparos y objeciones presentados por inteligencias ilustres, a las que ni supo ni pudo contestar porque eran incontestables; todo eso, podrá servirle de provechosa lección para aprender cuán mal resultado suele dar el lanzarse al ruedo sin más ni más, y verse obligado, tras una silba fenomenal, a salir con la piel agujereada al primer lance de capa.

Aquella lamentable confusión y horrible mezcla de conceptos, que salían tan enteros como habían entrado, por carecer el estómago intelectual del calor suficiente para digerirlos; indicaban bien a las claras que el *orador*, o quienes le obligaron a saltar la valla, estaban ayunos hasta de lo más elemental del arte que ni el último maleta des-

conoce.

Nos inspira compasión la desgracia de los demás, y quisiéramos evitarla. Por eso aconsejamos a ese valiente aficionado que deje la capa y se retire del ruedo, si no quiere convertirse en inquilino perpetuo de un hospital, o dar con sus huesos en la hoya.

No vaya a suponer el lector, por lo que dejamos apuntado, que sea nuestra intención recoger, analizar y rebatir, uno por uno, los múltiples errores a que aludimos. Somos enemigos de perder el tiempo, y a eso equivaldría romper lanzas combatiendo dislates de bulto, que ya quedaron refutados en su misma enunciación, como bien lo dió a entender el público sensato.

Sólo de uno queremos hacer mención, por estar relacionado con el Dogma de la creación, objeto de este artículo. Nos referimos al solemne momento en que el *orador*, consciente de sus valiosos conocimientos en materias filosóficas, alzó su frente, triunfal y sereno; y después de abarcar con escrutadora mirada a las espectadores y exigir silencio con el índice en los labios, tosió pausadamente, ahuecó la voz, hizo un esfuerzo gigantesco, y lanzó al fin el feto intelectual, idéntico al de los montes horacianos: *¡¡¡Yo soy parte de Dios!!! ¡¡La ciencia es la misma infalibilidad divina infinita...!!!*

Quizá algún espectador, al escuchar disparate tan fenomenal y mayúsculo, dedujo que el atrevido parlante era un rematado panteísta. Pero si hemos de juzgar por los traspiés que a cada paso daba en el terreno filosófico, sospechamos que hubiera sido inútil sujetarlo a una somera exposición del panteísmo, error tan antiguo como la filosofía, si bien el transcendentalismo racionalista moderno lo ha querido adornar con ropa nueva.

Todos los errores que de uno u otro modo se oponen al Dogma de la creación, y que se han ido sucediendo siglo tras siglo, pueden reducirse a dos: Ateísmo materialista, o *mundo sin Dios*; y teoría panteísta, o el *mundo-Dios*.

Del primero dijo Balmes con sobrada razón que encierra un imposible de sentido común; y da al traste además con la indispensable razón de causalidad. Del segundo decimos que es tan antiguo como la filosofía; pues no obstante los disfraces con que ha querido revestirlo el racionalismo alemán y francés, siempre será verdad que en su fondo el error no es nuevo. A poco que se ahonde en la historia del saber humano, lo veremos bien pronto aparecer entre los orientales; y desde el Oriente pasar a Grecia, tierra del arte y de la filosofía, pero también de

muchos y crasos errores. Y de la escuela eleática griega lo recibió la escuela de Alejandría, y ésta lo puso en manos de la Edad media, quien a su vez lo legó a la moderna.

Para nadie que haya saludado la filosofía es desconocido el fondo común en que convienen todas las doctrinas panteístas, el cual consiste en afirmar la existencia de una substancia única, un ser único, el *esse commune*, universalísimo, indeterminado, potencial, con el que todo se identifica. De modo que las diferencias esenciales que se observan en los seres, y que por lo mismo que son esenciales constituyen otras tantas substancias diversas, no son, según los panteístas, sino meras apariencias, accidentes, manifestaciones o expresiones de la substancia única real; y si se quiere dar un paso más, son partes de la divinidad, como dijo el *orador* de marras hablando de sí mismo; sin notar que con ese monumental disparate pisoteaba el sentido común, que en algunos atrevidos suele ser el menos común de los sentidos.

Como puede comprender el lector, los delirios del panteísmo son abiertamente opuestos a lo que la revelación nos enseña respecto del origen del universo. *En el principio creó Dios el cielo y la tierra*, dice la sagrada Biblia. Crear es dar la existencia a lo que de ninguna manera la tenía. Se necesita para ello un poder infinito, y ese poder es exclusivo de Dios, que es Omnipotente por naturaleza.

Dios no creó o sacó el universo de una materia preexistente, sino que por un acto libérrimo de su voluntad produjo o creó todos los seres de la nada; y la nada ni es materia de la que se pueda hacer alguna cosa, ni es un continente del que pueda sacarse algo real. Tampoco lo creó o sacó de sí mismo, pues tan absurda afirmación equivale a negar a Dios, cayendo en el ateísmo materialista, donde al fin y al cabo viene a parar el panteísmo.

Tales errores no son opuestos sólo a la revelación, sino también a la sana razón, como se desprende de ese laberinto en que se han metido y del que no pueden salir los fautores de esas teorías, cuando tratan de buscar y encontrar esa substancia única, que por lo visto se desvanece al ir a cogerla como burbuja de jabón.

Unos se pierden en las profundidades del propio pensamiento, del YO pensante; y después de muchos análisis y disecciones intelectuales, nos ofrecen como fruto de tanto trabajo perdido, un panteísmo rabiosamente idealista, que viene a dar en la nada; y a esa nada la llaman Dios. Otros, saliendo de sí mismos y fijándose en la materia, en lo que

es objeto de los sentidos, nos dan un panteísmo materialista; y forman un conglomerado de absurdos y contradicciones, hasta dar en el *todo-Dios*, o el *Dios-todo*.

Y entretanto, la capa de la substancia única no parece; mejor dicho, aparece un ser extraño, un hecho raro que es a la vez finito e infinito, absoluto y relativo, temporal y eterno, sensible e insensible, sabio e

ignorante, bueno y malo; en una palabra, que es y no es.

¡Y toda esa sarta de errores, por negarse la soberbia humana a admitir el Dogma de la creación, tan accesible a nuestro entendimiento! De él hablaremos más detenidamente en el artículo siguiente, por sernos imposible detenernos más en el presente.

JUSTINO.

LA TORRENTERA

MURMURAN las aguas
De la torrentera
Y juegan gozosas
Y bullen inquietas
Besando las guijas,
Hablando con ellas.

Resbalan festivas,
Bajando a las vegas,
Donde se remansan
Claras y serenas
Entre las alfombras
De afelpada hierba.

Las aves gentiles,
Que van a beberlas
O cruzan los aires
Con alas ligeras,
Desgranando notas
De canciones bellas.

Las flores que al margen
Leves se cimbrean
Y de aroma agreste
El ambiente impregnan,
En el limpio lago
Sus talles contemplan.

Mas sucede a veces
Que al remanso llegan
Manadas de búfalos
Y otras bestezuelas
Y ¡viles! se bañan
Y hasta se revuelcan.

Tornando las linfas
Antes placenteras
En inmundo charco,
Do luego se engendran
Mil animalillos,
Que todo lo infestan.

Se mustian los lirios,
Las aves se alejan
Y el blando favonio,
Rozando las breñas
Susurra rumores,
Rumores de queja.

Y un gemir muy quedo
Se oye en la arboleda:
Torrente de encantos
Siempre es la inocencia;
Mas cuando perdida
¡Lago de tristeza!

ALIPE.



CAVANNA, ABOITIZ & AGAN
ABOGADOS

Roxas Bldg. N.o 212

Tel. 572

MAXIMO VICENTE

Talleres de Pintura, Escultura, Platería y Mar-
molería. Prontitud y Esmero en los Encargos

Imágenes, andas, altares, púlpitos, ornamentos de
Iglesia, Mausoleos, Monumentos, Bordados en oro,
Lápidas, etc.

830-34 R. Hidalgo, Manila

Tel. 3528